



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 29 de diciembre de 1991

Fiesta de la Sagrada Familia

Queridos hermanos y hermanas:

1. Celebramos hoy la fiesta de la Sagrada Familia. Con el alma inundada aún por la atmósfera tranquila y alegre de Navidad, queremos *entrar espiritualmente en la casa de Nazaret* para meditar en las enseñanzas que nos llegan de ella.

El Hijo de Dios, al encarnarse por nuestra salvación eligió una familia. Nos mostró, así, que el matrimonio y la familia forman parte del plan de salvación y que desempeñan un papel singular para el bien de la persona y de la sociedad humana. Ésta es la razón profunda por la que, frente a las actuales contestaciones, la Iglesia "siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia, asegurando su plena vitalidad, así como su promoción humana y cristiana contribuyendo de este modo a la renovación de la sociedad y del mismo pueblo de Dios", (*Familiaris consortio*, 3; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de diciembre de 1981, pág. 5).

En esta perspectiva, la Iglesia no se cansa de repetir a cuantos hacen propuestas diferentes que "al principio no fue así" (*Mt* 19, 8). Dios, que es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión interpersonal, ha inscrito "en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión" (*Familiaris consortio*, 11).

Así, pues, el auténtico amor conyugal queda asumido en el amor divino, y de allí deriva el compromiso de una entrega indisolublemente fiel y generosamente fecunda. No cabe duda de

que este compromiso no es fácil, pero la redención realizada por Cristo, así como la acción salvífica de la Iglesia contribuyen a su cumplimiento. Precisamente por esta razón en la medida en que siguen siendo fieles a su deber, los miembros de la familia progresan en el camino de la santidad, se hacen testigos de la misericordia del Padre celestial y dan su aportación a la construcción de un mundo donde reine el espíritu de servicio, la acogida y la solidaridad.

2. Al contemplar hoy a la Sagrada Familia en la sencillez de su vida en Nazaret, quisiera exhortar a las familias cristianas a imitar su ejemplo, a ser cada vez más "*comunidad de amor*" en la que reine en todo momento "*el respeto a la vida*" (*Gaudium et spes*, 47). Quisiera, asimismo invitarlas a tomar conciencia de la importancia que revisten para la Iglesia y la sociedad con vistas a la nueva evangelización. En efecto, para que el Evangelio penetre profundamente en todos los estamentos sociales, es necesario ante todo *evangelizar* el núcleo familiar, célula fundamental de la comunidad humana, resistiendo a los embates disgregadores y a las múltiples insidias que amenazan la firmeza de los valores morales y espirituales. Será muy útil, desde este punto de vista, tener siempre como referencia la *Carta de los derechos de la familia*, que la Santa Sede dirigió en noviembre de 1983 a "todas las personas, instituciones y autoridades interesadas en la misión de la familia en el mundo actual".

3. Espero de todo corazón que vosotros, queridos hermanos y hermanas aquí presentes, así como todas las familias cristianas seáis *comunidades vivas de fe y de oración*, de obediencia dócil a la voluntad divina y de gran disponibilidad hacia los hermanos.

Para que eso se realice, invoquemos con fervor a María Santísima, Madre de Jesús y Madre nuestra, y a san José, su esposo, a quien el Evangelio atribuye explícitamente el calificativo de "justo" (cf. *Mt* 1, 19), y pidámosles que iluminen, conforten y guíen a todas las familias del mundo y a los jóvenes que se preparan para el matrimonio.